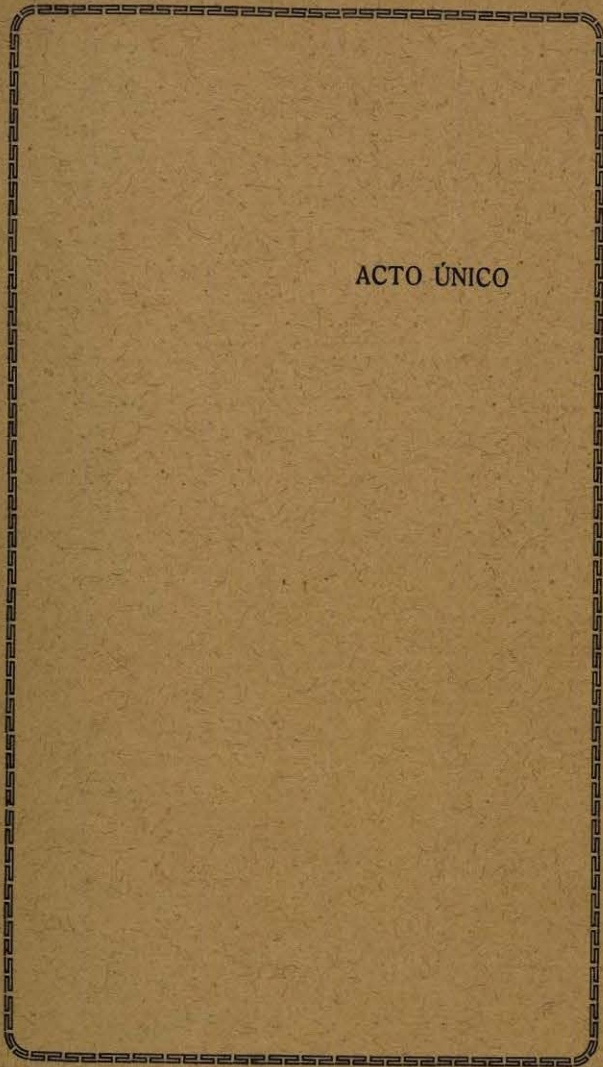


DONCELLAS

Bellas, ligeras y alegres como aves de paso. Llevan grácilmente rojos cántaros de tierra al hombro, como las mujeres bíblicas, y sus risas y sus cánticos evocan fiestas paganas.

Epoca de leyenda: aquellos días ingenuos y fragantes en que la sombra del Nazareno cruzaba aún por los caminos, y al caer la tarde llamaba á las puertas de los casales, disfrazada de viejo romero, para hacer florecer en la desgracia las santas rosas del milagro.



ACTO ÚNICO

Humilde vivienda campesina. Al fondo una amplia puerta, por cuyo hueco se ve la campiña florida y las lejanas cumbres de las montañas.

A la izquierda, el hogar encendido. En torno del hogar, escabeles, una rueca, un huso y rústicas banastas de mimbre desbordantes de lino.

A la derecha, un arco sin puerta, que conduce al interior.

Es un atardecer sereno de Abril. El paisaje del fondo, como el de los retablos primitivos, aparece envuelto en un milagro de oro y de púrpura. La paz es como el alma de la casa.



ESCENA PRIMERA



YOLANDA, GINEBRA Y DONCELLAS

(Yolanda, sentada cerca del hogar, frente á la puerta, mirando á la campiña florida y á las doncellas, que pasan con el cántaro al hombro, camino de la fuente, con la profunda ansiedad de sus ojos nostálgicos de parálitica. Ginebra la peina suavemente los largos cabellos dóciles y ondulantes entre sus manos como las sedas de un velo.)

YOLANDA

(Mirando á las doncellas que pasan con alegría de pájaros recién salidos del nido.)

A la fuente que los álamos
y los rosales sombrean,

con el cántaro en el hombro,
cantando van las doncellas!...

(Sonríe tristemente.)

¡Qué alegres van!... ¡Cómo ríen
bajo la verde arboleda!...

(En sus ojos la envidia
quiere hacerse llanto.)

¡Con mi cantarico nuevo
quién se marchara con ellas!

(Sus miradas húmedas
parecen que quieren huir,
perdersen en los campos, en
los cielos, en un imposible.)

GINEBRA

(Con gravedad llena de
dulzura.)

Cantando van á la fuente...
¡pero cuántas á la vuelta,
en los blancos delantales
esconderán la cabeza

para enjugarse las lágrimas
que por sus mejillas ruedan,
porque en la vida van juntas
la alegría y la tristeza!

YOLANDA

(Acariciando la campiña
con su mirar sediento de
horizontes nuevos, como
un ave enjaulada que des-
de su prisión siente el tri-
nar libre de sus compañe-
ras.)

Bajo el cristal de la tarde,
por las floridas veredas,
parecen que son de oro
los cantaricos de tierra...
Los cantaricos de barro,
que cuando al caño se llenan,
fulguran y cantan como
si se llenasen de perlas!

(Entorna los párpados
voluptuosamente como si
aspirase el perfume de un
recuerdo lejano.)

GINEBRA

(Deteniéndose un instante en su tarea, como si empezara á despertarse en su corazón un recuerdo).

¡Mas cuántas ¡ay! sin sus cántaros
regresarán á la aldea!...

¡Cántaro que va á la fuente
es ley que en la fuente muera!

(Como si volviese á vivir un pasado cuyo recuerdo aún estremece sus entrañas exhaustas.)

Cuando se enturbian los ojos
y cuando las manos tiemblan,
siempre rompen en la fuente,
su cántaro las doncellas.

(Momento de silencio.
Las manos maternas
vuelven á la dulce faena.
Yolanda, vuelta hacia el
paisaje, se estremece como
una flor que pugna por
arrancarse de su tallo.)



YOLANDA

(Con tristeza suave, pero rebelde.)

No tengo espejos de oro
donde verme, mientras peinan
tus santas manos los rizos
de mi larga cabellera!...

(Un suspiro palpita en
sus labios y muere deshe-
cho en una sombra.)

No tengo espejos de oro...

(Con los ojos cerrados
como para concentrar me-
jor su atención en la pura
y fresca imagen vedada).

¡Ay, quién mirarse pudiera
en el cristal de la fuente
que los álamos sombrean!

GINEBRA

(Para consolarla.)

¡Todo cuanto nuestros ojos
en los espejos contemplan

es polvo, ceniza y humo
que se comerá la tierra!

UNA DONCELLA

(Que pasa cantando por
el camino. La madre y la
hija, al oír la canción, se
quedan inmóviles.)

¡Caminante, caminante,
si la sed tus labios quema,
mi cantarico de plata
te daré para que bebas!

(En el silencio se oye la-
tir el corazón de Yolanda,
con tal violencia, que pa-
rece va á romper el corpi-
ño y á estallar de inquie-
tud.)

OTRA DONCELLA

(Que canta más lejos. Su
voz es suave como el arru-
llo de las tórtolas en celo.)

¡Caminante, caminante,
empuja al pasar mi puerta,

que un lecho de oro y de púrpura
tengo yo para que duermas!

(La garganta de Yolanda
se hincha en sollozos. Su
cabeza se desploma entre
las manos. La madre deja
escapar los cabellos, que
suelos ruedan sobre los
hombros de la gimiente
como un torrente de sua-
vidades.)

GINEBRA

Hija mía, ¿qué te pasa?
¿Por qué lloras? ¿por qué tiembblas?

(Acariciándola con sua-
vidad, como si fuese una
cosa muy frágil y pudiera
romperla.)

YOLANDA

(Asomando su rostro
descolorido y lacrimoso
entre la maraña fragante
de los cabellos revueltos.)

¡Madre mía, madre mía,
porque yo también quisiera

caminito de la fuente,
cantar con esas doncellas!

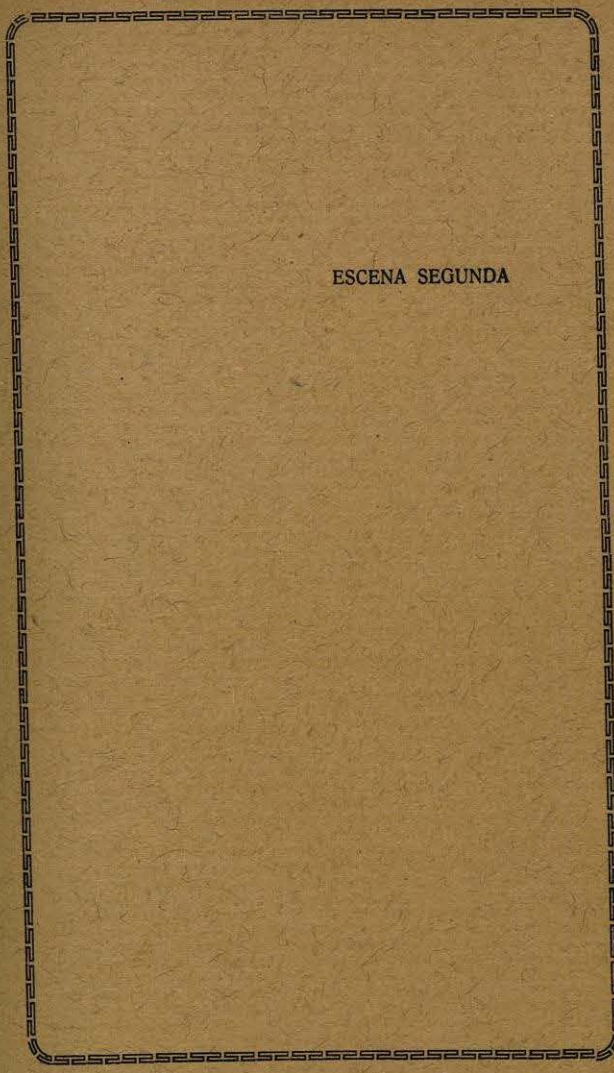
(Estallando en sollozos,
como un niño que pidiese
la luna.)

¡Correr, saltar por los prados,
y danzar sobre la hierba
bajo el ramaje florido,
al son de las panderetas!

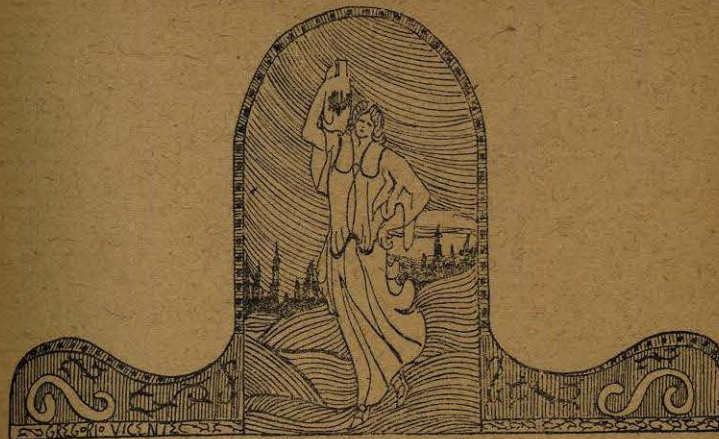
(Permanece un momento sollozando. En la serenidad de la tarde, bajo los guindos floridos del camino, aparece un coro de doncellas. Traen las trenzas y los senos cubiertos de rosas. Dejan sus cántaros apoyados en los setos, y forman con las manos unidas como una guirnalda en torno de una de ellas, la cual, con voz melodiosa, empieza á recitar. Las cabelleras destrenzadas, al girar flotan al viento en

una embriaguez frenética
de danzas paganas. La hora
tiene un perfume carnal
de rosas recién abiertas.)





ESCENA SEGUNDA



YOLANDA, GINEBRA y DONCELLAS

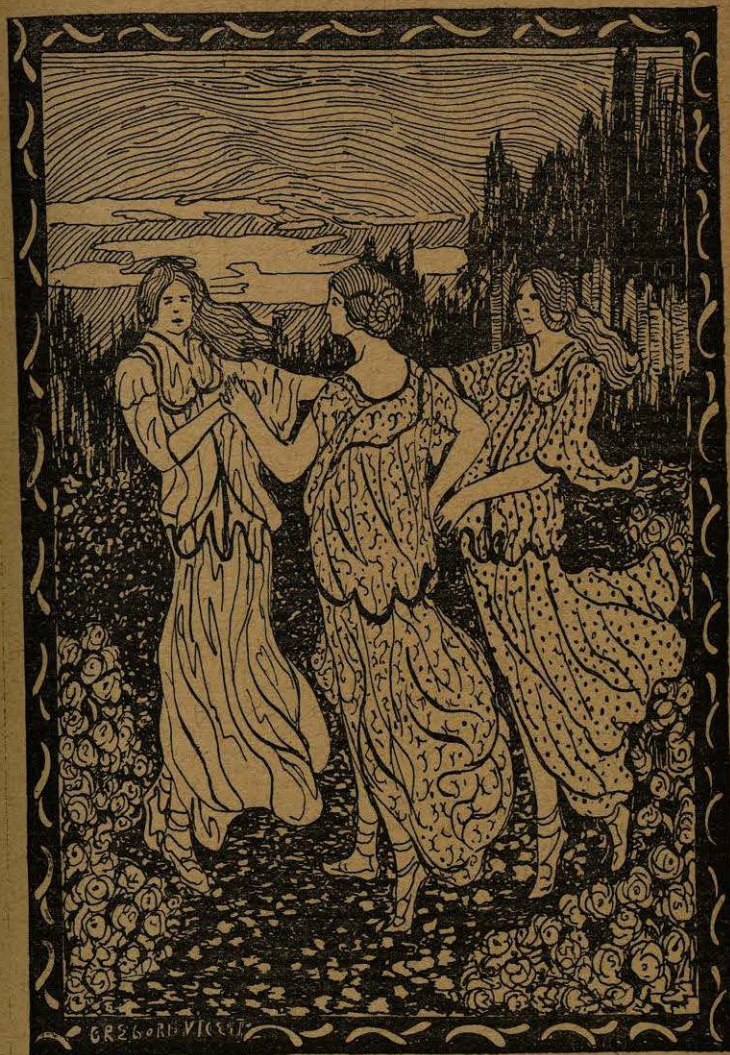
UNA DONCELLA

(Con una voz fragante
y tibia, como si fuese el
aliento de la primavera.)

(La madre y la hija ab-
sorbien la canción como un
perfume, la una con la
tristeza resignada de un
recuerdo que se desempol-

va del olvido, y la otra
con la inquietud de un
presentimiento próximo á
cumplirse.)

De la clara fuente
del jardín del Rey,
que entre los rosales
se mira correr,
cantando volvía
al atardecer,
cuando en el camino
contemplé á un doncel
cabalgando sobre
fogoso corcel.
De plata su casco
de oro su arnés...
Un manto de púrpura
llevaba también.
—Doncella—me dijo—,
parando el corcel:
¡su voz era música
y sus labios miel!



—¿Quieres de tu cántaro
darme á beber?

—No es de oro... De barro
mi cántaro es...

Mas, ¿quién mira el cántaro
cuándo tiene sed?

(Las doncellas giran en
torno de ella, cogidas de
la mano.)

Temblando de angustia,
de un rosal al pie,
con mis propias manos
le dí de beber...

(Su voz languidece y se
apaga de voluptuosidad
ante la evocación de aquel
encuentro.)

¡Traidor caballero,
desleal doncel,
que miré entre el polvo
desaparecer,

en vano llorando
 tu vuelta esperé!
 ¡Tu sed en mi cántaro
 de barro sacié!
 ¡Tú, en cambio, en mis labios
 dejaste una sed
 que en la vida nunca
 ya apagar podré!

(La guirnalda se deshace
 y todas se van alejando
 lentamente por los cami-
 nos.)

VOCES

(Alejándose.)

¡Traidor caballero,
 desleal doncel,
 en vano llorando
 tu vuelta esperé!

(La tarde empieza a pa-
 lidecer. El aire trae perfu-

mes de cálices lejanos que
 se cierran agostados por
 la viva y gloriosa luz del
 sol.)

